

NATIVIDAD DEL SEÑOR

25/12/2012

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

(De la homilía del 2009)

En el evangelio de la misa del gallo los ángeles nos anunciaban lo que podían ver nuestros ojos: un Niño. **“Encontraréis un niño”**, nos decía la voz de los ángeles.

I.

La lectura de la carta a los hebreos nos ayuda a entender el significado de este niño. ¿quién es y qué viene a hacer?

En primer lugar nos dice que este Niño tiene que ver con el diálogo entre Dios y su Pueblo. **“En distintas ocasiones y de muchas maneras, habló Dios antiguamente a nuestros padres, por los profetas”**. Este diálogo que Dios dio comienzo cuando llamó a Abraham, se caracteriza por dos cosas: la lucha de Dios por el hombre y la lucha del hombre por Dios. Y al hablar de lucha, me refiero al esfuerzo de Dios por conquistar al hombre y llevarlo hasta él; y también al esfuerzo del “pueblo de Dios” por superar todas las tentaciones propias, todas las resistencias externas y avanzar en el camino hacia la comunión verdadera con Dios. Ciertamente que en este diálogo, la lucha de Dios y la lucha del hombre no han tenido la misma intensidad, porque la lucha de Dios es un compromiso inquebrantable por el hombre. Él buscará al hombre sin descanso y sin retroceder nunca un milímetro. Por el contrario, la lucha del Pueblo de Dios está llena de olvidos, de abandonos, de pactos con la situación presente de pecado, de lejanía... Pero, a pesar de todo, la lucha del hombre por Dios se ha mantenido. La mejor prueba es el protagonismo que en este tiempo de Navidad cobran figuras como Zacarías e Isabel, los pastores, Simeón y Ana, José y, sobre todo, **Santa María**. Ellos buscaban a Dios. Ellos mantuvieron la lucha de Israel por el verdadero rostro de Dios.

Hay incluso, en los relatos evangélicos de estos días, el testimonio de que Dios por el camino natural, el de la conciencia y de la creación, había mantenido la llamada a la comunión con él, más allá de los límites de Israel, más allá de los límites de su revelación y su diálogo con los hijos de Abraham. Por eso en estos días aparecen también “los Magos”, que no conocen directamente la revelación de Dios, pero que buscan al Dios verdadero y vienen, dice “a adorarlo”.

Hoy también podemos reconocer la lucha del hombre por Dios. Lo podemos reconocer en nosotros mismos. Muchos de nosotros llevamos años en un búsqueda sincera del rostro de Dios. Sincera no significa intachable. Ciertamente que a lo largo de los años hemos acumulado demasiados pecados. Y cierto que a lo largo de los años nuestro olvido de Dios, nuestros abandonos y nuestras caídas, pesan más que nuestras victorias, pero aún estamos aquí, buscando a tientas, quizá entre las ruinas de nuestra alma.

La carta a los hebreos nos dice que después de que Dios nos ha hablado de muchas maneras y a través de muchos intermediarios, –eso son los profetas, intermediarios–, ahora nos ha mandado a su Hijo. Este niño es su Hijo y este Hijo es su última palabra. Última no significa que, cansado de nosotros, ya no quiera decirnos nada más, sino que es su palabra definitiva. Y es que Dios, al darnos a su Hijo se ha vaciado.

Este niño no es un intermediario. El intermediario hace referencia a quien queda más allá. Pero este Niño no hace referencia a un Dios que queda más allá, sino al Dios que ha venido hasta nosotros y se nos ha dado por entero. La carta a los hebreos insiste en la diferencia entre los ángeles y el Hijo. Sólo el Hijo hace presente realmente a su Padre. Sólo él puede decir: **“Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”**. Subrayando esta diferencia entre los ángeles y el Hijo, se subraya la novedad de Cristo.

Algo nuevo ocurre, algo realmente valioso: Dios, en su carrera por estar con el hombre, nos ha alcanzado, se ha hecho uno de nosotros, se ha anonadado. Dios está aquí, entre nosotros: en el niño que nació de María, que murió, que resucitó y que vive en su Iglesia, por la fe y los sacramentos, en el cuerpo de la Iglesia, del que todos nosotros formamos parte.

II.

La lucha de Dios por el hombre, y la lucha de todo hombre por Dios convergen ahora en un Niño. Todo tiene ahora como centro la Palabra que se ha hecho carne. A eso nos lleva el Evangelio de san Juan. Dice que Jesús es la Palabra de Dios. Este niño es la Palabra de Dios que se ha hecho carne. El evangelista conduce hacia él nuestra atención. Primero, identifica la Palabra de Dios con Dios mismo: **“la Palabra era Dios”**. Segundo, nos muestra la relación de la Palabra con la obra grandiosa de la Creación: **“Todo fue creado por él”**. En tercer lugar, nos muestra la relación de la Palabra de Dios con la historia de lucha de Dios por el hombre, una lucha en la que el hombre, a lo largo de los siglos ha decaído, se ha olvidado: **“La palabra era la luz verdadera que alumbra a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba... y el mundo no la conoció”**.

El Evangelio dirige nuestra mirada a lo más alto, a Dios Trinidad, al Dios que está más allá del universo y del tiempo, al Dios infinito, eterno y perfecto, al Dios Absoluto, cuyo Hijo es la Palabra.... Luego nos conduce a la obra gigantesca de la creación y nos hace considerar toda la historia para, por último, dirigir nuestros ojos a lo más concreto y lo más pequeño: a este niño nacido de María, porque: **“la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”**.

Lo más alto, Dios, el universo entero y su historia, todo converge en este pequeño Niño. Todo depende de él. Eso es lo que nos dice San Juan: **“A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”**. Que nuestra vida pueda finalmente alcanzar a Dios depende únicamente de que acojamos a Éste, que es la Palabra que se ha hecho hombre. Ésta es la única cosa verdaderamente real y decisiva en nuestra vida. Que nosotros seamos convertidos en hijos de Dios y alcancemos a Dios, pasa por reconocer y acoger en este Niño a Dios.

Y “este niño”, no es la figurita del Belén. Es el niño verdadero que nació de María, que creció, que predicó, que murió, que resucitó y que vive real y presente en la Iglesia, de la que ha hecho su cuerpo. Para acercarnos a este niño, tenemos que acercarnos a aquel hombre real, Jesús, que vive en su Iglesia y que actúa en sus sacramentos. Y tenemos que acercarnos con fe, para ver y amar la verdad de su presencia más allá de las apariencias externas.

III.

Pero, ¿qué novedad nos trae este Niño? Nosotros querríamos una presencia poderosa, que venciese nuestras propias tentaciones y pecados, que venciese también a los que atentan contra nuestra fe o se mofan de nuestras creencias. Sin embargo, nos encontramos con un niño; nos encontramos con los sacramentos, que por la fe sabemos que son presencia y acción de Dios, pero que exteriormente sólo son palabras y gestos de hombres como nosotros: el cura que pronuncia la absolución; el pan de la eucaristía; los esposos que dicen su consentimiento...; es decir, no nos encontramos con una evidente y poderosa manifestación de Dios, sino con una manifestación de Dios en cosas humildes y frágiles.

Y sin embargo el profeta Isaías nos invita a un gran gozo. Contemplando de lejos lo que nosotros vemos cumplido, dice: ***¡Que hermosos... los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la victoria!*** Habla aquí del mensajero que tras la batalla corre a la ciudad para comunicar el resultado. La ciudad está inquieta porque sus hombres están en el campo de batalla. Los hijos, las esposas y los ancianos esperan en casa, los hombres han salido a plantar cara al enemigo. La suerte de los guerreros es la suerte de la ciudad. Si los guerreros vencen están a salvo, si son vencidos ellos serán ocupados, masacrados o esclavizados. Así que mientras se mantiene la batalla, la ciudad está en vela. Esta batalla es la lucha de Dios por el hombre. La victoria significa que podemos entrar en la paz; la derrota significa que nuestra vida es absurda, que nuestros esfuerzos son ilusiones vanas, que nuestros sufrimientos se pierden en el vacío, que somos pasto de la muerte. Pero se acerca el mensajero, el profeta, el ángel, que dice: **“Tu Dios es Rey”**. Es decir: “tu campeón”, el que lucha por ti, mientras tú aguardas en la ciudad, tu Dios, ha vencido. Es Rey. Ha asumido el poder.

Sin embargo podemos decir: “pero nosotros sólo tenemos un Niño”. No parece que la debilidad y la fragilidad de un niño sean un gran signo de victoria. Es cierto, pero el nacimiento de este niño, no de cualquier niño, sino de este niño, sí que es signo de la victoria final, veamos por qué.

Este niño nace del seno virginal de María. Al hacerse hombre, Dios se ha humillado, Él, más grande que el universo y el tiempo, se ha reducido hasta el pequeño seno de una mujer. De alguna forma Dios se ha sepultado en el vientre virginal de María y de allí, también virginalmente, ha nacido.

Pues bien, el seno virgen de María, que ha servido de sepulcro donde Dios ha mudado su gloria en humildad, su riqueza en pobreza, es ya adelante de aquel otro sepulcro nuevo, virgen también, escavado en la roca, donde depositarán el cuerpo muerto de Jesús. Y el nacimiento virginal que hoy celebramos es el anuncio del nuevo y definitivo

nacimiento del domingo de la Resurrección. El nacimiento virginal de este Dios que se ha hecho hombre es el comienzo de la victoria definitiva, de la victoria de la Pascua de resurrección.

Sí, es verdad, es sólo un niño, es débil y frágil, tendrá que huir ante la persecución de Herodes, pasará largos años de vida oculta, y, al fin, morirá. Es verdad, nosotros aún sufrimos el dolor, la enfermedad, el agobio para sacar adelante a los hijos, la soledad, la separación de los que han muerto... pero con Cristo, la victoria de nuestra lucha por la vida verdadera ha comenzado, la vida de unión con Dios que vence la muerte, nuestra muerte y la muerte de los que amamos. A pesar de nuestro cansancio o del peso de nuestros abandonos, en este Niño ha comenzado nuestra victoria.

Por eso sigue el profeta diciendo: **“Escucha”**, “presta atención”, tus vigías, los vigías de esta ciudad, los que se han mantenido en la búsqueda de Dios, los justos que buscaban a Dios, los pastores, Zacarías, Isabel, Simeón, Ana, José, María... Y luego todos los santos, san Agustín, santa Teresa de Jesús, San Felipe Neri, todos **“cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión”**. Aquí estamos nosotros como ruinas de la ciudad de Dios, de Sión, pero aún nos mantenemos delante de Dios, que viene a nosotros y nos llenamos de gozo: **“Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su Pueblo, rescata a Jerusalén”**. Y todos verán la victoria de nuestro Dios.

Hoy es un día para dar gracias a Dios. Aunque estemos aún en mitad de la lucha, aunque experimentemos la soledad, aunque estemos cansados, aunque echemos en falta a los que murieron, aunque la vida nos haya desilusionado, hoy es un día para acoger con fe a este Niño real, que es el comienzo de nuestra victoria, a Jesús, el Verbo de Dios, la Palabra de Dios que se ha hecho carne y ha nacido virginalmente de Santa María. Miremos a este Niño con la mirada de Isaías, mejor aún, con la mirada de María, y nuestra alma se llenará de alegría.

Gloria a Aquel que tomó un cuerpo con el que luchar, un cuerpo con el que amar y con el que morir, un cuerpo con el que vencer. ¡Alabado sea Jesucristo!

P. Enrique Santayana Lozano C.O.